

La Liebre Y La TORTUGA



Había una vez una liebre muy orgullosa. Le encantaba pasearse por todo el corral de los conejos, con la nariz respingada mirando al cielo. Todo el mundo sabía que la liebre se creía la mejor del mundo.

De lo que más orgullosa se sentía la liebre era de estar dotada de patas traseras muy fuertes, con lo que podía correr muy rápido. Nunca dejaba pasar una oportunidad de alardear ante

sus amigos de lo rápida que era, y jamás se había sabido de nadie que pudiera correr más rápido que ella... hasta el día en que conoció a la tortuga, que pasaba por allí arrastrándose lentamente mientras la liebre hacía gala de sus dotes ante sus amigos.

—¡Apúrate, date prisa, vieja tortuga! —le dijo la liebre riéndose—. Si caminaras aún más despacio, ¡la hierba crecería tanto que te cubriría!



—Pues tú, apúrate todo lo que quieras —le dijo la tortuga—, que yo llego de todas maneras adonde quiero ir, gracias.

Y antes de seguir camino, miró a la liebre de arriba abajo.

—Y pensándolo bien, me parece que incluso podría llegar antes que tú, por rápida que seas.

La liebre se echó a reír.

—¿Antes que yo? ¡Ver para creer! —y retó a la tortuga a una carrera.

Todo se organizó rápidamente, y al día siguiente

no faltó nadie para ver cómo la liebre y la tortuga participaban en la carrera.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡arranquen! —cantó el gallo, y la liebre desapareció como una flecha detrás de la colina.

El público aplaudía y gritaba mientras la tortuga levantaba primero una pata y luego la otra, y muy despacio iba avanzando por el sendero.

No miraba ni a la derecha ni a la izquierda, sus ojos estaban centrados en el sendero que iba haciendo curvas delante de ella.



La liebre corría y corría. Estaba claro para todo el mundo que la liebre tenía mucha prisa, y no había casi ninguna duda de que iba a ganar. Muy atrasada, la tortuga seguía adelante con constancia.

La liebre alcanzó enseguida el lugar que marcaba la mitad del tramo a recorrer en la carrera.

—Me sobra el tiempo —se dijo—. Debo estar muchos kilómetros por delante de esa lenteja de tortuga. Así que me podría echar una siestecita aquí mismito, y cuando me despierte seguiré mi

camino y aún así tendré tiempo de sobra para ganar a la tortuga esa.

Y así fue cómo la liebre se sentó bajo un árbol y se durmió.

Iban pasando las horas y al cabo del tiempo apareció la tortuga detrás de la colina. Iba por el camino hasta que llegó al lugar donde la liebre se había sentado y seguía durmiendo. La tortuga miró pero no dijo ni una palabra y siguió adelante por su camino.



El sol comenzaba a ponerse cuando la liebre se despertó de repente. Bostezó, se estiró toda, y con gran satisfacción pudo comprobar que la tortuga no aparecía por ninguna parte.

—¡Tengo todo el tiempo del mundo para ganar la carrera! —se dijo la liebre, encantada.

Y se lanzó camino abajo, pero cuando rodeó la colina vio algo increíble: allí, justo delante de

ella, estaba la tortuga ¡dando los últimos pasos para alcanzar la meta! La gente vitoreó con entusiasmo cuando su reluciente caparazón rompió la cinta en dos, y el gallo la declaró la ganadora.

Mientras la liebre respiraba sin aliento al final de la carrera, la tortuga sonrió.

—Puede que yo sea lenta, pero no le quito la vista a la meta, ¡y no dejo que nada me distraiga!